

efectuó del todo, porque Adalgiso se escapó de noche, y huyó á Constantinopla abandonando los hijos y la viuda de Carloman á disposicion del Monarca francés, quien los envió al punto á Francia. Duró el sitio de Pavia todo el invierno, y acercándose la fiesta de la Pascua Carlos quiso celebrarla en Roma, y rendir sus religiosos obsequios al sepulcro de los santos Apóstoles. Sorprendieron al Papa agradablemente con esta noticia, y envió los magistrados romanos á recibir á su libertador á diez leguas de Roma. Cuando ya el Rey se hallaba á una milla de distancia, todas las tropas y los niños de las escuelas salieron en procesion con palmas y ramos de oliva, cantando las alabanzas del piadoso Monarca, cuyas gracias augustas y respetables redoblaron la veneracion pública. Frisaba entonces con los treinta y dos años, y era como todavía se vé en el sello de algunas cartas suyas, de estatura bien proporcionada, de fisonomía noble y magestuosa, de ojos grandes y vivos, y en una palabra, de un esterior de héroe al mismo tiempo que representaba la benignidad y bondad de padre. Así que vió las cruces con que le salian al encuentro, se apeó del caballo con toda la comitiva de duques, condes y señores, y fue á pie hasta la iglesia de San Pedro. Le aguardó el Papa con todo el clero romano en lo alto de las gradas: las fue besando el Rey una por una, abrazó despues al Pontífice, le tomó de la mano y entraron juntos cantando el clero: *bendito sea el que viene en el nombre del Señor.* Adelantáronse el Rey y los que le

acompañaban hasta la confesion de San Pedro, donde se postraron dando gracias á Dios de la victoria que reconocian haber conseguido por la intercession del Príncipe de los Apóstoles: pidió despues el Rey al Papa el permiso de entrar en la ciudad de Roma.

Al dia siguiente que era el de Pascua, oyó el Rey la misa del Pontífice en Santa María la mayor, recibió la comunión, y fue despues al palacio de Letran en donde comió con Adriano. Celebró el lunes el Pontífice la misa á presencia del Rey en San Pedro, y el martes en San Pablo segun la costumbre, que es decir, que ya entonces eran las estaciones las mismas que hoy. El miércoles asistió á San Pedro á conferenciar con el Rey que estaba allí alojado, y le rogó que confirmase la donacion de Pipino (1). No solo ratificó Carlos lo que habia hecho el Rey su padre, sino que dió aumento á su liberalidad, comprendiendo en la nueva donacion desde la ribera de Génova, Puerto-Especia, la isla de Córcega, las ciudades de Bardi, Regio y Mantua, las provincias de Venecia y de Istria, además de la ciudad de Ravenna y los ducados de Spoleto y Benevento. El Rey escribió bajo el acta de donacion su monograma, que era una cifra compuesta de las letras de su nombre segun el uso que introdujo en nuestros Reyes. Despues quiso poner por sí mismo el acto así firmado sobre el cuerpo de San Pedro, y ofreció con el mas terrible juramento observarle siempre: lo mismo hi-

(1) *Anastas. in Adrian. ann. 774.*

cieron despues los obispos y señores de su comitiva. Adriano por su parte le otorgó un presente que fue del agrado de este Príncipe amigo de las letras: y era el código de los cánones de la iglesia romana que contenia los decretos de los concilios que Dionisio el Exiguo habia recogido en el siglo sexto con la adición de las decretales de los Papas Hilario, Simplicio, Felix, Simaco, Hormisdas y Gregorio II.

Pasó el Rey á visitar cerca de Benevento y mas allá de Roma el monasterio de San Vicente, famoso entonces por su regularidad y por la grande virtud de muchos de sus religiosos (1). Ambrosio Aupert, francés de familia ilustre, muy conocido en esta corte en donde en tiempo de Pipino habia brillado y á quien califica de sapientísimo doctor el sabio Paulo diácono, era uno de los principales ornamentos de aquella casa, y la vida que escribió de sus santos fundadores acredita su buena fama. Tambien compuso un comentario moral sobre el Apocalipsis, al que el Papa Estévan III honró con una aprobacion auténtica. Todavía tenemos homilias de composicion suya, y entre otras una sobre la asuncion de la Madre de Dios. Le eligieron abad dos años antes de su muerte; pero como las comunidades mas fervorosas y reformadas no siempre están libres de desavenencias, eligiendo á otro una parte de los monges, fue preciso que interviniése la autoridad de la santa Sede; pero murió antes de la decision, y aunque algunos autores le llaman Santo, no se le vé en nin-

(1) *Act. SS. Bened. tom. 4. pag. 259.*

gun martirologio, ni se halla monumento alguno de su culto.

7. El Rey Cárlos habiendo desahogado su devocion en Roma y en la vecindad, volvió lleno de esperanzas de vencer al sitio de Pavía, y parece que el cielo peleaba por él en su ausencia, pues mas que sus tropas, le habian servido el hambre y la peste. Quiso la ciudad rendirse por no poder resistir: quitaron las mugeres la vida á un tal Hunaldo cabeza de faccion que era el alma de la guerra, y se vió precisado el Rey Didier á entregarse con su muger y sus hijos. Desde luego le envió Cárlos á Lieja, despues á la abadía de Corbia, en la que este Príncipe aprovechándose para su salvacion de las desgracias de la fortuna, abrazó la vida monástica y acabó sus dias en egercicios de penitencia (1). Con tanta celeridad cayó el reino de Lombardía, cuyo titulo añadió despues Carlo-Magno al de Rey de los franceses: *Francorum Rex*. Esta revolucion sucedió en el año de 774, dos siglos despues de la fundacion de aquel reino. El arzobispo de Milan le puso la corona de hierro que Teodelinda de Baviera, antigua Reina de los lombardos, mandó fabricar para coronar á su esposo Agilulfo, y todavia se coronan con ella los Emperadores. Esta misma Princesa fue la que por los años de 593 sacó aquel pueblo de los errores del arrianismo.

8. El Rey Cárlos llevó á Francia al sabio diácono de Aquileya Pablo, secretario del Rey Didier, y

(1) *Ibid. pag. 446.*

le admitió en su corte con cierta especie de familiaridad por la estimacion que hacia de su condicion y talento, que le hicieron el escritor mas culto de su tiempo (1). Se dice que acusado de haber entrado en una conspiracion para restablecer á Didier, y preguntado sobre esto por Carlo-Magno, no le respondió otra cosa, sino que siempre seria fiel á su antiguo señor. Tambien dicen que irritado el Príncipe, mandó en el primer movimiento cortarle la mano; pero al punto se retractó exclamando: ¿en dónde hallaríamos otra mano capaz de escribir así la historia? Y se contentó con desterrarle. Ya habia compuesto Pablo la historia de Lombardía, y verosíblemente la de los obispos de Metz. Se retiró á la casa de Ariquiso, duque de Benevento, el que le exhortó á que no sepultase su talento, y así continuó la historia romana de Eutropio desde Juliano apóstata hasta Justiniano, y despues se hizo monge en Monte-Casino, en donde murió muy viejo con grande opinion de santidad.

Se lee en algunos escritos, bien que no son de la mayor autoridad, que despues de haberse rendido la Lombardía, Carlos á quien se le dió el sobrenombre de Grande por tantas conquistas brillantes, hizo celebrar en Roma un concilio de ciento cincuenta y tres obispos, que le concedieron el derecho de elegir Sumo Pontífice. Los sabios miran esta noticia como una invencion fabulosa, ó por lo menos como una equivocacion, á que pudo dar origen el haberse obli-

(1) *Chron. Cassin. lib. 1. cap. 15.*

gado los Papas á no tomar posesion de sus dominios temporales sin la aprobacion de los Reyes de Francia, así como antes debia preceder la de los Emperadores de Constantinopla.

9. Al paso que Carlo-Magno ofrecia un digno modelo á los Príncipes de occidente, continuaba Constantino Coprónimo en escandalizar el oriente por sí, y por los ministros de su impiedad. Las personas mas desprendidas de los intereses terrenos eran siempre las mas celosas en la defensa de la fe. Los ministros de la tiranía se lisongearon de que seducirian á los monges y religiosas que habian quedado, con el cebo de los placeres prohibidos á la pureza de su estado. Miguel, gobernador de Natolia, sacó muchos de estos religiosos de las soledades de Tracia, y los juntó sin distincion de sexos en Éfeso: los sacaron todos revueltos á una llanura, y les dijeron á gritos: todos los que quieran obedecer al Emperador tome cada uno una muger, y al que así no lo haga se le sacarán los ojos (1). La sentencia se egecutó al momento. Entonces se vieron muchos mártires, y solo algunos apóstatas á quienes favoreció el gobernador. Además de la privacion de la vista, muchos fieles generosos perdieron la vida unos á fuerza de azotes y otros con la espada: á otros les empaparon la barba de aceite y cera derretida, y aplicándoles fuego les abrasaron el rostro y la cabeza. En una palabra, la persecucion fue tal que en todo el gobierno del desapiadado Miguel no quedó una persona que lleva-

(1) *Theoph. ann. 20. pag. 375.*

se el hábito monástico. Vendieron todos los monasterios con sus propiedades y sus muebles sin exceptuar los vasos sagrados, y enviaron el dinero al Emperador: quemaron todos los libros de los padres y cuantas reliquias pudieron descubrir. A este gobernador le escribió Coprónimo cartas muy espresivas de gracias, y de este modo indujo á los otros á imitarle.

10. Así llenó la medida de sus delitos, y cansó á la divina clemencia respecto de su persona. Hacia la guerra felizmente á los búlgaros, cuando sintió repentinamente que le devoraban sus piernas las úlceras y carbunclos con una calentura y dolores tan agudos, que le quitaban la razon, y solo le dejaban de esta lo suficiente para que viese desesperado la proximidad del juicio de Dios. Le entraron en una embarcacion para llevarle á Constantinopla, pero murió antes de llegar allá á 1.º de Setiembre de 775, diciendo á gritos: que se abrasaba vivo y sentía ya las llamas infernales por los agravios que sin temor alguno habia hecho á la Madre de Dios. Le sucedió su hijo Leon IV, por sobrenombre Cházaro, que al principio manifestó piedad y aun respeto al estado religioso; pero muy pronto se declaró contra la Iglesia con tanto furor como su padre, y á los cinco años pereció de una muerte mas espantosa que la de este. Habia dado el Emperador Heraclio á la iglesia mayor de Constantinopla una corona de oro guarnecida de diamantes, que en la riqueza y en el gusto era la única. Era Cházaro aficionado á la pedrería,

y sin escrúpulo alguno robó esta dádiva sagrada, y se la aplicó para su uso: mas apenas la puso sobre su cabeza, cuando ésta se cubrió toda de pestíferas pústulas y horribles carbunclos que le hicieron morir en tres dias (1).

11. De esta desgracia y de aquella sangre corrompida salió un raro modelo de piedad, pureza y valor, á pesar de la debilidad del sexo: hablo de las virtudes que se admiraron principalmente en Santa Autusa, hermana de Cházaro é hija de Coprónimo. Jamás tuvo la menor parte en las iniquidades de estos Príncipes, antes parece que Dios la suscitó para confusion suya, y para manifestar lo poco que puede toda la grandeza y prudencia del siglo contra los consejos del Omnipotente. Por mas que quiso su padre obligarla á tomar esposo, siempre se resistió con peligro de su vida, y protestó constantemente que no tendria otro que á Jesucristo. Con efecto, apenas se vió en libertad por la muerte de este Príncipe, cuando se consagró para siempre al Señor en el monasterio de Santa Eumenia. Antes distribuyó á los pobres y á las iglesias cuanto tenia, se despojó de sus propios adornos para enriquecer los altares, reedificó los monasterios, y todo su placer era enseñar por sí misma, y criar doncellas jóvenes, y aun se disponia para repoblar los santos asilos de la honestidad que habia arruinado su padre. De este modo se aplicó principalmente á reparar la brecha mas perjudicial que habia hecho á la casa de Dios la última perse-

(1) *Theoph. annal. græc. in ann. 780.*

cucion. Como su capacidad no era inferior á su piedad, la convidó muchas veces su cuñada la Emperatriz Irene á que la acompañase en los cuidados del gobierno; pero ella prefirió constante la humildad de la cruz á las mas lisongeras distinciones, hasta que murió santamente en la obscuridad voluntaria en que se habia sepultado viva.

12. Irene, que por las prendas de su espíritu y de su hermosa figura llegó á ser esposa del Emperador, se vió despues de la muerte de su marido Leon IV, que sucedió en 8 de Setiembre de 780, señora absoluta del imperio, con el título de Regenta; porque su hijo Constantino V tenia de nueve á diez años. No obstante sus defectos, jamás habia titubeado en los principios de la creencia ortodoxa. Habia empleado felizmente en la conservacion de su fe todos los recursos de su entendimiento, bien que usando de algun disimulo en los fines del reinado de su esposo para sustraerse de las últimas violencias; mas apenas él cerró los ojos, restituyó á los católicos con la circunspeccion conveniente la libertad que ella recobraba para sí misma de obrar segun su conciencia. Así que estableció sólidamente su autoridad en lo interior del imperio, y deshizo con prudentes tratados entre los estrangeros las tempestades que la amenazaban, se declaró altamente. Restituyó por sí misma revestida de todos los ornamentos imperiales la corona que habia quitado á la iglesia el Emperador, y esto lo egecutó con una solemnidad proporcionada al enorme escándalo que pretendia corregir. Al mis-

mo tiempo restableció en todos sus derechos á los fieles perseguidos por la veneracion de las imágenes, y convidó á los monges á volver á sus monasterios. Los iconoclastas pasaron de los paises que obedecian á Irene á desacreditar á los fieles que gemian bajo el yugo de los sarracenos.

La nueva Roma no daba ya la ley mas que á la Grecia y á algunas provincias del Asia, conservadas ó reconquistadas por los últimos Emperadores; aunque en el resto del oriente que habia sido parte del imperio romano, siempre conservaba el amor de los pueblos. Por el largo espacio de tiempo que vivian sujetos á los árabes, no habian visto en ellos mas que usurpadores odiosos y opresores tiránicos, y así siempre preferian á ellos los Emperadores de Constantinopla, á quienes miraban como sus legítimos Soberanos. Así por esta razon como por la diferencia de culto, los sectarios de Mahoma no tenian confianza alguna en aquellos descendientes de los griegos ó de los romanos. Los habian sobrellevado mientras creyeron que convenia á su política ostentar clemencia; mas cuando ya no tenian que temer, los mismos Abasidas, á pesar del aparato de humanidad y policia, los perseguian sin interrupcion, y muchas veces hasta derramar sangre. No haciendo caso los infieles de otro Rey cristiano mas que de Carlo-Magno, la Emperatriz Irene, para hacerse respetar, buscó la alianza de los franceses, y así pidió por esposa para el Emperador Constantino, que no tenia mas que once años, á la Princesa Rotruda, hija mayor de su Rey, aun-

que no pasaba de ocho. Llegaron á firmarse los artículos, pero no se pusieron en egecucion por una falsa política, de que Irene tuvo bien que arrepentirse.

13. El vasto imperio de los sarracenos, ya en los primeros sucesores de Mahoma, comprendia, además de la Arabia, la Persia, la Siria, el Egipto, las costas fértiles de África y la España sujeta á los moros: tantos y tan diferentes pueblos obedecian á un mismo Soberano. El califa solo conservaba el nombre de supremo señor de muchos, con los estériles homenajes viuculados á la calidad de cabeza de la religion. Porque con el titulo de soldanes ó sultanes se habian hecho Príncipes independientes en Persia y en Egipto. Los sarracenos de España desde Abderraman II (que era de la sangre de los Omniadas, que los de Asia habian procurado extinguir) formaban un estado absolutamente separado de los Abasidas. Los Reyes godos sus vecinos no habian cesado de hacerse fuertes en sus montañas desde Pelayo: Alfonso el Católico habia ganado muchas batallas á los moros, y sacado sus vasallos de las cavernas y desfiladeros, en donde los moros los tenian cerrados: Froila habia reconquistado provincias enteras, y dado á su poder el esplendor conveniente para animar el de la Religion de sus padres, edificando numerosos monasterios. Ya en el año 768, dejó al morir, con solo el terror del nombre cristiano, á Aurelio su sucesor en estado de seguir sus miras políticas y religiosas con grande tranquilidad (*).

(*) Muerto el Rey Aurelio, dieron los grandes la corona á

Los gaulas, bajo el gobierno respetable de Carlo-Magno, en vez de temer la invasion de los inquietos Omniadas, los hacian temblar mucho mas allá de los Pirineos en el centro de sus antiguas conquistas. Este prudente y valeroso Monarca, aprovechándose de sus desavenencias con los Abasidas, les quitó la Navarra y las mejores provincias de España al norte del rio Ebro. Si su egército al regresarse padeció en Roncesvalles la pérdida que solo es famosa en nuestras novelas, sirvió únicamente para hacer mas ilustres los

su hermano D. Silo, el que continuó la paz con los moros que habia ajustado su antecesor. Sujetó á su obediencia á los gallegos que se habian rebelado, fundó el monasterio de Obona, cuyo primer abad fue su hijo Adelgastro. Reinó nueve años, y á principios del décimo falleció en Pravia en 783. Parece que en el año cuarto del reinado de Silo vino á España Carlo-Magno, sobre cuya espedicion, y pretendido dominio hasta el Ebro, y todo lo demás que dice Berault en este libro con respecto á las relaciones del Monarca francés con los españoles, véase el lib. 1.º de la España árabe de Masdeu, y el cap. 11 del lib. 7 del Padre Mariana.

Despues de la muerte de Silo, la Reina viuda negoció con los señores de la corte que pusiesen en el solio á su sobrino D. Alfonso, hijo de Fruela I, el cual era muy niño cuando murió su padre. Pero Mauregato su tio, hijo de D. Alonso I, le usurpó la corona, de la cual gozó cinco años, esto es, hasta el 788 en que murió. No pudo aun entonces ocupar su trono el legítimo Rey D. Alonso II; subió á él D. Bermudo, llamado el diácono, porque en su juventud habia recibido este orden. Reinó solos tres años, al cabo de los cuales abdicó voluntariamente la corona por los remordimientos de su conciencia. Llegó finalmente al solio D. Alfonso el Casto, dia 14 de Setiembre de 791, de cuyo largo y gloriosísimo reinado quedará eterna memoria en nuestra España.

héroes que le seguían, é imprimir á mas distancia el terror del nombre francés. No era menos respetable su poder en Italia, de la que los Emperadores no conservaban mas que las estremidades meridionales, y los franceses tenían el Piamonte, el pais de Génova, el Milanesado, y en una palabra todo el reino de Lombardía. Al norte de la Italia poseía Carlo-Magno todo lo que pertenecía al imperio romano en el tiempo de su grandeza y felicidad, á escepcion de la Gran Bretaña que estaba dividida en multitud de reinos pequeños, muy adictos á la Iglesia. A lo largo del Rhin, y mucho mas allá de los antiguos límites del imperio, imponía sus leyes, y con no menos celo el yugo de la Religion cristiana, á todos los germanos bastante civilizados para poderle recibir.

14. Por entonces eran los sajones los mas nombrados por su poder y valor, ó por mejor decir por su genio precipitado y revoltoso, siempre prontos á tomar y á dejar las armas segun la ocasion de temer ó de esperar. Carlo-Magno creyó que arruinado el templo de Erminsul, ó Marte, en la terrible derrota de 772, les habia quitado para mucho tiempo la gana de alborotar; mas en el año 774 se aprovecharon de su espedicion á Lombardía para entrar, viéndole lejos, en Hesse sobre las tierras de los franceses; pero ó vieron ó imaginaron que veían dos ángeles que peleaban á favor de los cristianos, y huyeron amedrentados (1). Volvieron al año siguiente, y les imprimió el mismo terror la vista de dos arneses que

(1) *Annal. Loisel. ann. 774.*

arrojaban llamas agitadas en lo alto de la iglesia de Eresburg. El año 778, viendo al Rey ocupado en su espedicion de España, avanzaron hasta el Rhin á fuego y sangre, quemando las iglesias, violando y matando las religiosas, y entregándose á los excesos mas horribles. Pero en el momento que supieron que volvía el Monarca, se retiraron con precipitacion sin esperarle, y en su misma fuga los derrotaron y maltrataron sus generales. Por una larga serie de años, tanto los frisonos como los sajones, cuando se veían vencidos y sin poder resistir pedían el bautismo para aplacar al vencedor, y en muchos de estos encuentros se bautizó innumerable multitud con sus mugeres y sus hijos. Entonces les hacían prometer fidelidad á Dios y al Monarca, so pena de privarlos de su libertad y sacarlos fuera de su patria para ir á cultivar en calidad de siervos tierras estrangeras. A esta resolucion extrema redujeron por último sus rebeldías y genio indómito á la bondad de alma de Carlo-Magno.

15. Imitó imperfectamente á lo menos por mucho tiempo la mayor parte de la nacion la sincera conversion de Witikind, su gefe principal, á quien habian seguido en la rebelion (1). Este sajón ilustre, de quien se precian descender los Príncipes que gobiernan hoy el mismo pueblo, dió por último oídos á las reconvenções de Carlo-Magno, fue á buscarle en los estados de Paderborn, de allí le siguió á Francia, y le bautizaron en el palacio real de Atigni. Le dió el Rey tierras y dignidades cor-

(1) *Annal. Petav. Loisel. Fuld.*